

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 56

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 14 DE OCTUBRE DE 1906

NUM. 568



PREPARATIVOS

EL MATADOR.—OYE, BERNABÉ; VETE SACANDO LOS TRAJES DE LUCES, QUE TENEMOS QUE LIDIAR EN LAS CORTES.

BERNABÉ.—DIGA USTED, MAESTRO... ¿NO SERIA PRUDENTE QUE AVISÁRAMOS TAMBIEN LA CAMILLA?



ANUNCIOS INCOBRABLES



2/3 PARTES DE LIBERALISMO MENOS QUE ANTES

Habiendo cumplido nuestro propósito inocente de mostrarnos enérgicos contra el obispo de Tuy y otros, y convencidos de que á la opinión ya no la deslumbran nuestros brillantes López-Dominguicia, una mala imitación del francés, nuestra R. O. sobre el matrimonio civil, ley de Asociaciones y otras piedras falsas, serán vendidas en lo futuro por cualquier agente y con autorización de los cabildos, según el peso que queramos quitarnos de encima.

HERMOSOS PROYECTOS PUESTOS EN BOCA DE LOPEZ DOMINGUEZ, PENDIENTES LA MAR DE COSAS, IMPERDIBLES MORETISTAS, GEMELOS MONTERISTAS, ALFILERES PARA EL BANCO AZUL EN LAS PROXIMAS CORTES, DIJES... DE DIJES TENEMOS UN VARADISIMO SURTIDO, SOBRE TODO CON LA POLICIA, COLGANTES DE FONDOS SECRETOS, ETC., ETC.

ANTES
VALIAN ALGO
AHORA
NADA

Pulseras de pedida para algunas Subsecretarías y Direcciones, aderezos muy á propósito para los Presupuestos, cadenas y leontinas para los establecimientos penales y otros establecimientos, solitarios Vega Armijo, guardapelos muy á propósito para Navarroreverter y sortijas alianza hechura canalejista, collares de distintas órdenes y todo cuanto puede soñarse y pedirse en el ramo de la bisutería política y en el DOUBLÉ de la democracia.

Se hacen á la medida y se admiten toda clase de encargos. También se desmontan cuantas pastorales se reciban y se engarzan en nuevos aros viejos Presupuestos.

ANTES
VALIAN ALGO
AHORA
NADA

Los brillantes **LOPEZ-DOMINGUICIA**
son la imitación liberal más infeliz del mundo

LAS REALES ORDENES DE GRACIA Y JUSTICIA, maldito si servirán ya para nada después de lo ocurrido.

¡UNA OPORTUNIDAD QUE SE HABIA PRESENTADO EN LA VIDA!

MADRID Serrano, 47. **LOPEZ-DOMINGUICIA SEBASTOPOL** ENTRADA RESERVADA para Roma.

JUEVES DE GEDEÓN



Gedeón de mi vida!

—¡Calínez de mi alma!

—¡Gracias á Dios que te puedo dar un abrazo!
¡Pero qué gordo vuelves!

—Mira, Calínez, prescinde conmigo de esa vulgaridad de encontrar gordos á todos los que vuelven á Madrid. Así dicen en provincias que los madrileños engordamos á costa de ellos, y por lo que á mí respecta, puedo demostrar que eso no es cierto. Me pesé al abandonar la corte, y me he pesado al regreso, resultando que durante la ausencia he perdido dos kilos. A mí las provincias me deben, por consiguiente, dos kilos. ¡Tal vez sea yo el político madrileño que haya hecho más por ellas!

—Bueno; por fin, amigo mío, para ti es lo mas agradable de la vida. Tú viajas, tú te distraes, conoces gentes, ves pueblos distintos, bailas cotillones, sudas, te rascas junto á lo más distinguido de nuestra sociedad, buscas novia, interrogas á los hombres públicos, gozas, en suma, de mil maneras las inefables dichas del veraneo. Pero ¿y yo? Yo quedo en Madrid entre la colerina municipal y la música nocturna, que son dos formas distintas de una misma liquidación; me aburro lo que no es decible, sin tener con quien echar un párrafo de substancia. Con decirte que este verano no nos hemos quedado en Madrid más que yo, tu Calínez, y Bernabé Davila, que es el Calínez de López Domínguez, aparte de otros varios botijos, comprenderás cómo habré pasado las imperiosas vacaciones del estío. Bernabé es muy buena persona, no cabe negarlo, pero á mí no me gusta platicar con él porque con la conversación se le ensanchan las ideas en la cabeza y hay momentos en que ésta parece que va á salir del parque del Aero-Club. Me da mucho miedo verle cuando se le engorda la cabeza, y rehuyo todo lo que puedo el trato con él. Además, ahora le ha dado por decir que estuvo en Crimea con el general, su amo, y te describe el sitio de Sebastopol como si hubiese tomado la plaza. «¡Si sabré yo meter en cintura á las comunidades religiosas, suele decir cuando se le habla de la ley de Asociaciones, después de haber tomado á Sebastopol!» Nada, y tan convencido de que la tomó

apelando á un habilísimo recurso estratégico. Mientras López Domínguez la atacaba por delante, Bernabé lo hacía por detrás, y la tomaron, naturalmente, cada uno por su lado, ó sea, aquél por la faz y éste por el revés. En fin, Gedeón de mi alma, que si no se disparan los señores obispos, como tuvieron la comodidad de hacerlo para alegrarnos los últimos días del estío, y tardas tú un poco más en volver, al hacerlo me encuentras cadáver. Y no creo que te hubiera dado demasiado gusto que yo oliera mal.

—Mucho te agradezco, Calínez, esos testimonios de franca amistad, y el que no huelas también. Comprendo que hayas pasado un verano de todos los demonios, sin más compañía que la de Bernabé; pero ahora nos desquitaremos de tus aburrimientos estivales charlando como solíamos de todas las cosas humanas y divinas, con permiso, para las últimas, de Valeriano el de Tuy. Considera, Calínez, que ahora se abre todo: los teatros, las Cortes y 500 escuelas por obra y gracia de Amalio, no el pintor escenógrafo, sino el otro. Estamos, como quien dice, en plena apertura del Nabuco, y malo será que todas las semanas no tengamos sucesos palpitantes para nuestros sabrosos comentarios de los jueves. Además, eso de los obispos me llena de ilusión. Hasta la fecha nuestros muy reverendos y muy amados prelados no tenían más misión en este mundo que cobrar sus temporalidades, reñir con los canónigos y fastidiar á los curas rurales. Salvo eso del cobro y del fastidio, eran meras figuras decorativas que componían muy bien, por los tonos morados de sus hábitos, ya en los escaños de la Alta Cámara, ya en las solemnidades palatinas, pero nada más. Si Bernabé no hubiese nacido para ministro, hubiera sido obispo español; su cabeza está pidiendo una mitra archiepiscopal. Pues bien; esos nuestros muy amados y reverendos prelados salen de pronto de su inacción, lo mismo que aquel corista del Real, apellidado Vidanía, si mal no recuerdo, salió una noche del teatro, donde se cantaba *La africana*, y con los hábitos episcopales que vestía para asistir al Concilio, se fué á echar un quince en el establecimiento de Próculo vecino, y empiezan á disparar pastorales, ya báculo por báculo, ya en masa, contra Romanones por eso del matrimonio civil

—¿Y á ellos qué les importará que la gente se case como quiera, mientras el celibato eclesiástico sea ley?

—Hombre, ellos tienen que velar por la pureza de la doctrina católica, que declara sacramento al matrimonio.

—Muy bien. Ningún católico que no se case sacramentado se considerará esposo legítimo de su mujer. Pero y el que no sea católico, ¿por qué ha de molestar al cura para eso de la unión indisoluble, etc., etcétera, etc.?

—Bueno, pero que declare siquiera que no es católico al hacerlo.

—¡Caramba, más declaración que insinuarle al ministro del sacramento «no quiero nada con usted!» ¿Acaso todos los que se suicidan tienen que ponerlo

en conocimiento del juez de guardia? No, señor; muchos se matan sin decírselo á la autoridad judicial, y se quedan tan perfectamente muertos como los otros. Desengáñate, Gedeón; nuestros amantísimos preladados padecen, á pesar de sus altas capacidades, el mal común de los españoles, que consiste en pedírsele todo al Estado. Quieren que éste les dé hechos los católicos á machamartillo por medio de una ley, y no recuerdan que sus antecesores los apóstoles, que no cobraban temporalidades, ni reñían con los canónigos, ni fastidiaban al clero rural, se las arreglaban de otro modo para acrecer el rebaño de Cristo. Si con sus extraordinarias dotes de inteligencia y la robustez invencible de su doctrina predicaran un día y otro, propagasen incesantemente, persuadieran sin descanso á los españoles, no habría en nuestra nación un ciudadano que no fuera católico, y por ende, el matrimonio civil, con declaración previa ó sin declaración previa, no podría desvelarles un solo momento. Pero se empeñan en que el Estado les suplante en su misión de doctrinar y evangelizar por medios coercitivos y, ¡ay, amigo!, eso ya no puede ser. Ya nadie es musulmán, ni protestante, ni budhista, porque se lo ordene un cabo de la Guardia civil. El Estado tiene un límite en la conciencia individual, y su única intervención consiste en que se respete á todas las conciencias. Ahora bien: las predicaciones católicas son de éxito seguro. La verdadera doctrina tiene siempre que prevalecer. En los maestros, en los apóstoles, en los pastores, consistirá que todos seamos católicos convencidos é invariables. Prediquen, doctrinen, laboren y no le pidan á López Domínguez lo que ellos, y únicamente ellos, pueden hacer. Claro que es más cómodo lo otro; pero el reino de Cristo no es precisamente el reino de la comodidad. Al menos, no se lo parecería á Él cuando le pusieron la corona de espinas.

—Muy bien, Calínez; te voy á mandar á Tuy para que convenzas á D. Valeriano. ¡Pero, ¡caramba!, que siempre se haya de llamar Valeriano todo aquel que tenga, sea clérigo ó seglar, malas pulgas en España! ¿A que salimos con que el de Tuy, además de sus ímpetus belicosos, hace las pastorales con remiendos de las sotanas que desechan los sacristanes de su Obispado? Hay algo terrible, y terriblemente económico, en ese nombre. Los que lo llevan se incomodan por todo, y por no dar, no dan ni explicaciones. Bueno, Calínez; esperemos los acontecimientos, como espera Canalejas la presidencia del Consejo. Ya el coro de obispos está en escena. El general y yo hemos vuelto de Crimea; os hemos abrazado á Bernabé y á ti. Se habla de crisis y de presupuestos, los dos temas más amenos y más vagos de la conversación española. No queda un pichón para un remedio. Abarzuza se ha puesto de luto por la Ristori, á quien conoció antes de debutar. No pasa un año por nuestra nación. Otro abrazo, y hasta el jueves próximo. ¡Ah! Ten cuidado con la policía nueva. La dirige un excelente señor que ha salido de la cárcel; excuso decirte más. ¡Hasta el jueves, Calínez, si á Aguilera no se le escapa otro toro!



Cancionero gedeónico

«Papeles son papeles,
cartas son cartas...
¡Pero las pastorales
están bien claras!»
Después que sus excusas
mandó el obispo,
recibe Romanones
las del Cabildo
y alegre las acepta,
pues no sabía
cómo salir del trance
de las homilias.
Las órdenes revoca
de los procesos
y se da nuevamente
por satisfecho...
¡Ya el monólogo acorta
de la venganza...!
¡Ya su sable guerrero
vuelve á su vaina!
El sistema es sencillo...
Tras de las *tortas*,
si es que hay explicaciones,
son buenas todas;
pues se van repartiendo
si nos conviene,
se queda uno tan ancho,
y «¡usted dispense!»
¿Pero habrá quien se olvide
de los escritos
que salieron de manos
de los obispos?
Nadie. Por eso todos
cantan al conde
la canción que á este caso
viene de molde:
«Papeles son papeles,
cartas son cartas...
¡Pero las pastorales
están bien claras!»



Por *mor* de los presupuestos
que pronto habrán de regir,
ya los ministros dispuestos
estaban á dimitir.

Todos aumentar pensaron
su gasto particular,
porque todos nos brindaron
sus ansias de reformar.

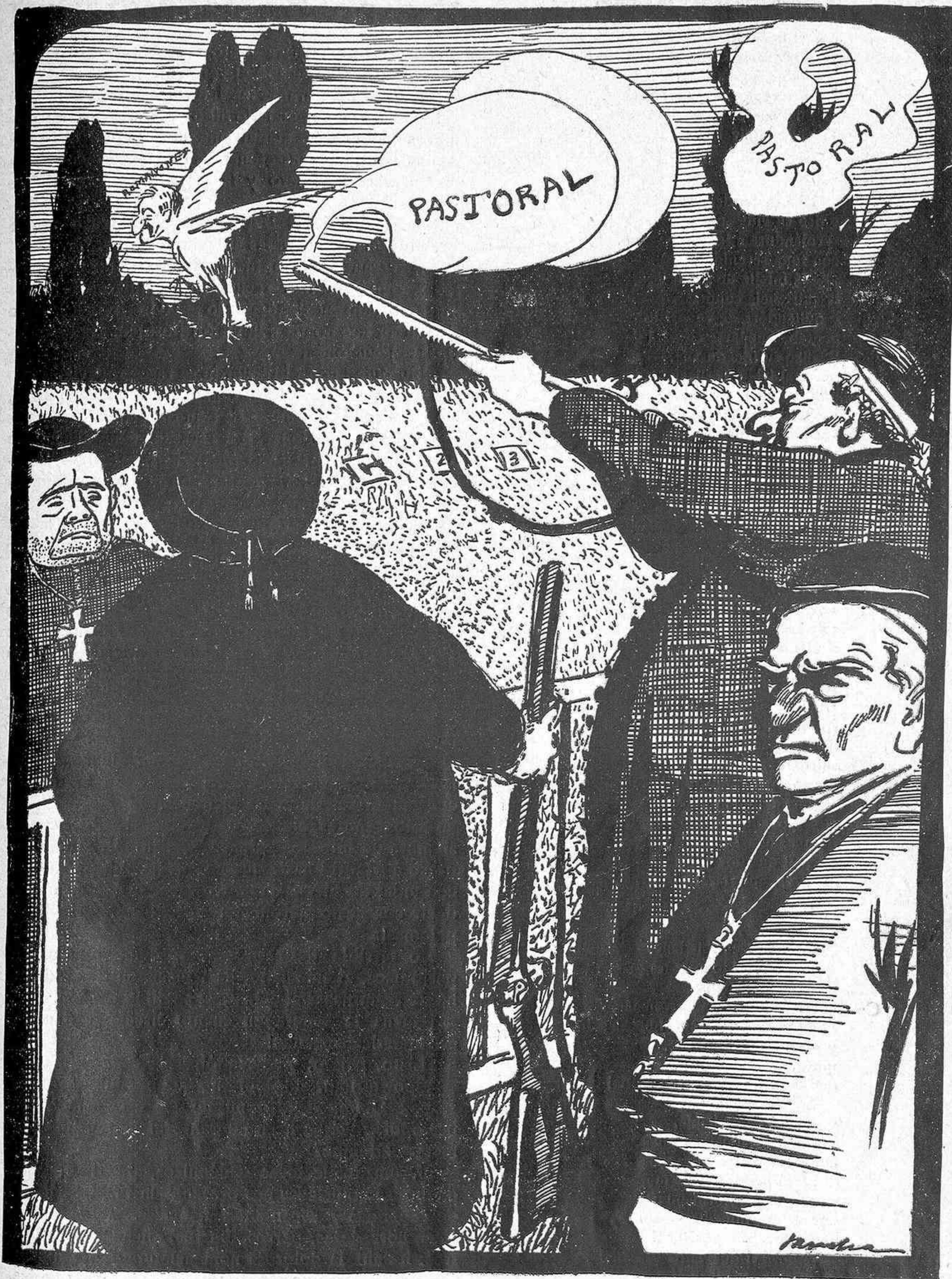
¡Con qué gusto referían
su nueva organización,
por ver si así conseguían
los bombos de la opinión!

Y marcharse decidieron
si no lograban vencer
los propósitos que vieron
en Navarrorreverter.

Pero su gesto *feroche*
cesó, truncando su plan...
¡y han aceptado el desmoche
que les propuso don Juan!

¡Don Juan, á quien nada importa
que ellos se quieran lucir,
y que tunde, raja y corta
las cifras del porvenir!

¡Don Juan, alto cominero,
que, á sus tradiciones fiel,
quita un cero y otro cero
para lograr su nivel!



EN EL TIRO DE PICHON

EL TIRADOR.—¡LISTO, PAJARO...! ME PARECE QUE SE ME VA TAMBIEN. ¡COMO NO TIREMOS TODOS A UN TIEMPO...!

¡Honor y gloria á su escuela,
la más terrible que vi,
que al prójimo desnivela
para nivelarse á sí!

Todos siguen en sus puestos:
hubo arreglo, no hay cuestión...
¡Y allá van los presupuestos!
¡Y ande la nivelación!



Una mujer desgraciada
quiso su vida acabar
arrojándose á la calle
con toda serenidad.
¡Ya la infeliz no podía
la existencia soportar,
y quitándose de en medio
pensaba quedarse en paz!
Realizó su idea insana,
pero, al ir á realizar,
por su culpa, aunque sin ella,
se cuenta un suceso más.
Cuando su cuerpo caía,
quiso la casualidad
que un periodista modesto
fuera por allí á pasar,
conque recibió tal golpe
que se halla de gravedad...
Lamentemos el percance,
pues se debe lamentar...
¡Mas no hay que pedir castigo
por esa barbaridad!
¡Todos estamos expuestos
á sufrir un caso igual,
ya que siempre está en su sitio
la dulce fatalidad...!
¡Ay! Se dice por el mundo
(político, claro está)
que ya tiene decidido
suicidarse el general,
y estoy pensando, á mis solas,
encima de quién caerá...
¡Porque aunque caiga del lado
de «la santa Libertad»,
á aquél que por allí pase
de fijo le aplastará!



Por el discutible lance
que ha ocurrido en Zaragoza,
la condena se remozó
contra el «bravo» de romance.
¡Que aquí aún consiguen sus fines
y presumen, altaneros,
unos cuantos caballeros
que la dan de espadachines...!
Logran vida desahogada
y posición envidiable,
porque defienden su *sable*
con la punta de su espada...
¡Y es preciso estar muy finos
con tanto tipo insolente;
pues si no, inmediatamente
nos coloca sus padrinos!
¡Ahora sí que va de veras...!
Contra ellos luchan airados
los hombres bien orientados
y las personas sinceras...
Mas á pesar del furor
con que todos les combaten...
¡después, con ellos se batan
por las gracias del honor!

¡Se acabó la matanza!

Que es una manera pintoresca, pero exacta, de
decir que se acabó el veraneo.

Sí, lectores; durante las imperiosas vacaciones del
estío todos hemos matado algo; y ahora que los pri-
meros soplos del Guadarrama nos traen á cuarteles
de invierno, nos entretenemos en recordar con cierta
melancolía el número y la magnitud de las piezas
muertas.

Suplicamos á D. Buenaventura Abarzuza que no
vea alusión alguna en las anteriores líneas.

Los veraneantes, ó, mejor dicho, los ex veranean-
tes de San Sebastián, cuentan los millares de pulgas
muertas bajo su dedo gordo...^o estremecimiento
de horror acompaña á la visión póstuma de las múl-
tiples ejecuciones.

Hay quien con el recuerdo se rasca todavía.

Otros seres menos afortunados, no que las pulgas,
sino que los veraneantes de San Sebastián, los cuales
no pudieron abandonar, por escasez de metal acuñado
ó de billetes de Banco *fules*, sus respectivos domi-
cilios madrileños, cuentan con la imaginación los
cadáveres de chinches y de correderas muertos, ó,
como dicen los cazadores, cobrados en los meses
estivales, y se postran de hinojos suplicando al Señor
que les perdone la realización de tantos crímenes.

No menores remordimientos experimentan aquellos
automovilistas estivales que pasaron el verano muy
divertidos, yendo de donde nadie les conocía adonde
no les esperaba nadie, por el gusto de dejar sembrado
el camino de perros y burros muertos, sin respeto á
los fueros de la fraternidad, que, según algunos mora-
listas cándidos, tan poderosos son en la conciencia
humana.

Los aficionados á toda clase de *sports*, han empacado
las imperiosas vacaciones del verano en la dulce y
constante tarea de matar pichones.

Estos señores, entusiasmados con esa ocupación que
siembra de luto los palomares, han diferido su re-
greso á Madrid hasta que no quedase un solo pichón
con vida; de suerte que al volver á sus casas pueden
decir con gesto neroniano: «¡Se han fastidiado las
palomas!»

Lo terrible del caso es que, según anuncian los
periódicos, el embajador de Francia en Madrid que
ha de reemplazar al actual, se apellida Pichón.

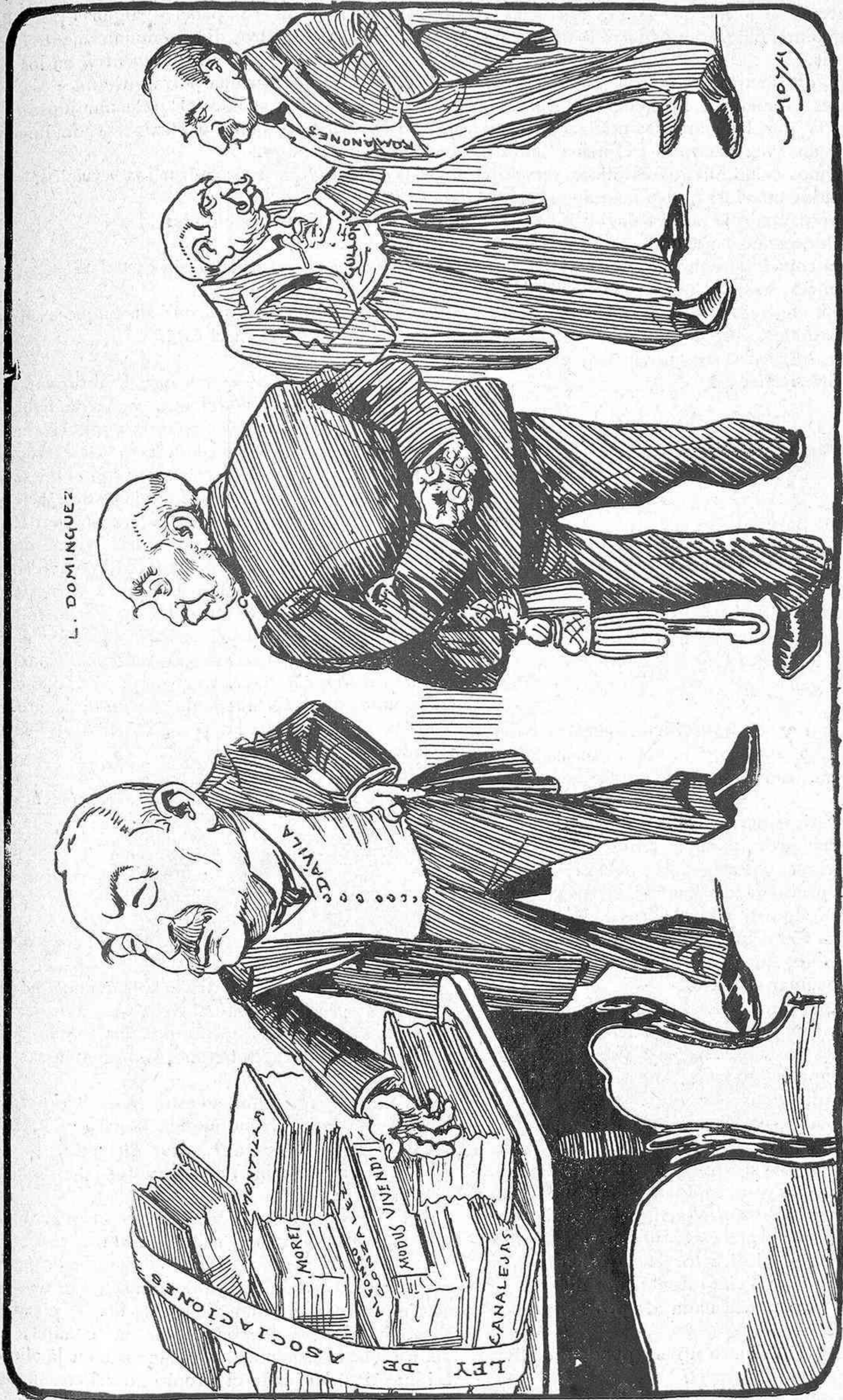
¡Buena le espera en cuanto circule por nuestra
aristocrática sociedad!

¡Listo, pájaro, y se acabó!

Y por último, el Gobierno que preside el general
López Domínguez, lo mismo que éste tomó á Se-
bastopol, ¿qué ha hecho durante el verano más que
matar el tiempo?

Sí, amados lectores gedéonicos, el estío que está
dando las boqueadas nos presenta un fúnebre cuadro
de repetidas y espantables matanzas. Pulgas, chin-
ches, correderas, perros, burros, pichones y minis-
tros: he ahí la dolorosa nomenclatura de la animalidad
que ha perecido mientras vacábamos los españoles,
y para amenizarnos con su muerte las largas horas
estivales.

Que Dios nos perdone á todos la saña con que
hemos tratado á sus criaturas predilectas en los últi-
mos meses, y nos libre también de las iras de los



LA CABEZA DEL GABINETE

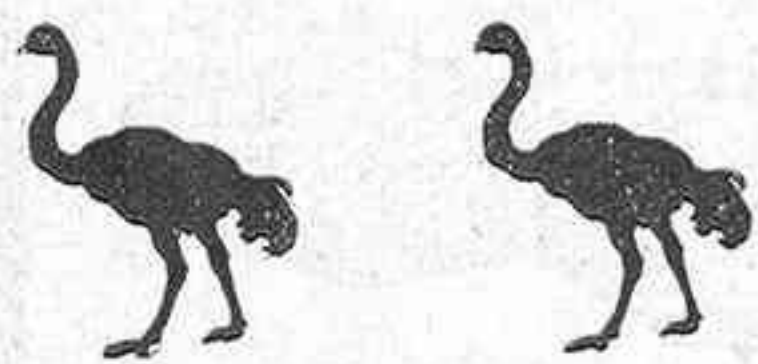
D. BERNABÉ.—AQUI TIENEN USTEDES LOS ANTECEDENTES DE LA LEY DE ASOCIACIONES.
 LOS DEMÁS MINISTROS.—¿Y TODO ESO SE LO HA SACADO USTED DE LA CABEZA? ¿PERO Y LA LEY?
 D. BERNABÉ.—¡TODAVIA ME QUEDA DENTRO!

obispos, que olvidándose algún tanto de sus deberes evangélicos, y por no ser menos que los demás mortales, han pretendido á fin de verano ajusticiar á Romanones como una pulga donostiarra ó un dichón de la Granja más.

Hagamos en el tiempo que falta hasta que se abran las Cortes examen de conciencia y sintamos dolor de corazón por las matanzas realizadas en el finado estío, y una vez hecho el examen y sentido el dolor, podremos como buenos católicos reincidir en nuestros pecados anteriores, disponiendo la muerte del general y preparando la clásica degollina de San Martín, que ¡oh escarnio para un general que estuvo en Crimea! va á coincidir seguramente este año.

¡Tregua, siquiera, hasta la matanza del cerdo!

El veraneo ha concluído; envainemos un rato las armas y las pastorales. ¿No os sentís hartos de matar, veraneantes, *sportmen*, automovilistas, obispos y vecinos de los barrios bajos?



El de Hacienda, con la rebaja

Nuestro movible é inquieto amigo Martín Rosales parece que está disgustado porque en los tres millones de aumento que se han concedido en los próximos presupuestos á Gobernación, apenas si le corresponden algunas pesetas á Correos y Telégrafos.

Nuestro amigo y ex no sabemos cuántas cosas, tenía en proyecto una porción de reformas, que, naturalmente, sin dinero no puede acometer, y es lo que él dice:

¡Tenga usted ideas para esto!

En fin, aunque tarde, hemos tenido noticias del director de Correos y Telégrafos, por el que sentíamos, ante su prolongado silencio, cierto cuidado.

—¿Sabe usted algo de Martín Rosales?—preguntábamos afanosos todos los días á nuestro cartero.

Y bien sabe Dios que desde hace muchas noches no podíamos conciliar el sueño.

Por fortuna, el hombre se ha revelado, y ya sabemos no solamente que goza de buena salud, sino que sigue de director de Correos y Telégrafos, y lo que es más estupendo todavía, que tiene, como un hombrecito, su plan de reformas.

¡Y á una persona así se le va á negar lo que pide!
¿Unas cuantas pesetas?

Nosotros llamamos la atención de D. Bernabé sobre este caso, pues privado de estímulo y de apoyo, tendría mucha razón Martín Rosales en decir que en España no se puede ser ni subsecretario de Instrucción pública, ni director de Agricultura, ni director de Correos y Telégrafos quince días.

¡Por algo no hizo nunca nada de provecho nuestro buen amigo!

¡Sin tiempo y sin dinero no se pueden cultivar esos puestos más que por *sport*!

Y como *sportman*, ¡vaya si lo es el director de Correos y Telégrafos!

Por supuesto que la culpa de todo la tiene Na-

varrorreverter, que á última hora, como dicen los chicos, nos ha resultado un *roñica*, y á duras penas le pueden sacar sus compañeros algunas pesetillas.

El medio más seguro, dice gedeónicamente el ministro de Hacienda, para tener *superávit* en los presupuestos, es no soltar una perra gorda.

Navarrorreverter, como el pequeño filósofo de *¡Eh, á la plaza!*, se limita á encogerse de hombros cuando le piden algo.

—¿Que hay que reorganizar los servicios?—dice un consejero.

Y el de Hacienda responde:

—¡Y á mí qué!

—¿Que no podemos vivir sin escuelas?

—¡Y á mí qué!

—¿Que yo quiero construir un buque-escuela y echar barquitos hasta en el café?

—¡Y á mí qué!

Sin embargo, como antes que la reorganización de los servicios—*cliché* del que se viene hablando desde tiempo inmemorial—están la perfecta armonía y el *vamus vivendi* de los consejeros, es de suponer que éstos se conformen buenamente con el huesecillo que para roer les quiera dar el ministro de Hacienda.

Lo que trae á nuestro gran hacendista verdaderamente preocupado es la tardanza de Mr. Cambon, que se fué con el cuento del Tratado comercial con Francia á París, y no se le ha vuelta á ver el pelo.

El de Hacienda está con el alma en un hilo del arancel, y para tranquilizarse, engañándose á sí mismo, ha manifestado á los periodistas que cuando no tiene noticia de Mr. Cambon, es seguramente que estará trabajando con el Gabinete francés en el asunto.

—Es evidente que no pierde el tiempo—ha declarado.

¡Quién sabe!

¿Y si lo hubiese perdido Navarrorreverter?



El Sultán de Turquía

No conocemos en este deleznable mundo hombre tan desgraciado como el Sultán de Turquía.

Cuantos telegramas corren por los hilos y se refieren á este pobre Soberano, no pueden ser más desagradables.

Así que siempre que nuestra vista tropieza en un periódico con alguna noticia acerca de Abdul-Hamid, nos echamos á temblar diciendo: ¡Adiós, qué nueva *avería* le habrá ocurrido al jefe de la Sublime Puerta!

¡Ni á peso de oro aceptábamos el puesto del Sultán, que vaya si tiene mala sombra!

¡Muy negra! Unas veces nos pintan los despachos telegráficos al Sultán escondido en un cuarto oscuro, encerrado, ante el temor de que le hagan picadillo; otras, haciéndose personalmente la comida, por temor á que le echen cositas venenosas en la alimentación; otras, haciendo el propio cosechero su guardia personal; otras, pasando largas vigiliass, sin acostarse, por espanto de que le asesinen en su lecho; otras, mirando debajo de las camas y en el interior de



EN LA BARBERIA DEL TIO PACO NAVARRORREVERTER

EL PARROQUIANO.—¿NO PODRIA USTED DEJARME MEDIA MELENA?

EL MAESTRO.—AQUI TODOS TIENEN QUE LLEVAR EL PELO COMO YO.

la mesa de noche, por si manos criminales depositaran una bombita para que reviente.

En fin, un tormento continuo.

¡Valiente gangal!

La última y desagradable especie que ha corrido estos días por esos mundos acerca del Sultán, ha sido que la sultana Kurda (si es Kurda, hay que dispensarla á la pobre), celosa de una circasiana recién llegada al harén (el Sultán, á pesar de su mal humor no se priva de nada) y admirablemente succulenta y sicalíptica, disparó un tiro de revólver contra Abdul Hamid, hiriéndole en el abdomen, lo único que hasta ahora conservaba tranquilo.

Los eunucos ¡ay! fueron en busca de un doctor alemán, especialista en cosas del abdomen, y lo introdujeron de tapadillo, con los ojos vendados, por una puerta secreta en el Palacio.

¿Cabe más infortunio?

Lo que dirá el Sultán, palpándose el dolorido vientre: «¡Ay, infeliz del que nace hermoso!»

Telegramas posteriores dicen que Abdul-Hamid está á punto de doblar, víctima de la Kurda, y esto no puede ser más denigrante para un Soberano, aun de tercera clase como el de Turquía.

La situación del Imperio turco no puede ser más delicada.

A la muerte del Sultán, hay encerrado para sustituirle una especie de sobrero, que se llama Mehemed Rechad.

La cosa se complica, y el porvenir de Turquía se presenta muy negro. ¿Qué se puede esperar de un Mehemed?

Poco, muy poco, si hemos de hacer justicia á su nombre.

Además se da el caso de que el futuro heredero, por orden superior, está hace mucho tiempo en una prisión, sin tratarse más que con sus mujeres y con sus esclavos.

Esta ha sido una bromita un poco pesada, claro es, de Abdul-Hamid, que observando el cómodo principio de que parientes y trastos viejos cuanto más lejos mejor, dispuso que todos los presuntos candidatos al trono, hermanos, primos y sobrinos, estuviesen, para mayor tranquilidad suya, metidos en *chirona* para no molestarle.

Y es natural, con este sistema no hay hoy ningún heredero en condiciones para sucederle. Uno está idiota, otro padece de diabetes, otro de ictericia, otro apenas si sabe decir papá y mamá como las muñecas.

¡Una delicia!

¿Qué extraño es ante este porvenir que muchos aseguren que la Puerta se va á cerrar de un momento á otro de un fuerte portazo?

Porque si mal han ido las cosas con Abdul-Hamid, lo que es Mehemed maldito si es una garantía.

Hay nombres que son todo un programa, y suponiendo que el presunto heredero gobernase á satisfacción de sus súbditos, aun en el elogio llevaría siempre un concepto desagradable, porque los turcos dirían: ¡Qué Mehemed!

Como si se tratase de una piececita de esas que á menudo nos largan muchos currinches.

Y, francamente, no hay derecho.



Gedeón, moreno

Del melodramita comprimido y tristón, que por mucho tiempo ha perturbado nuestra vida, amargándonos los momentos más felices de nuestra ¡ay! efímera existencia, hemos dado un salto, aunque hacia atrás, á la opereta inocente y anodina del antiguo régimen.

Pero, en fin, de todos modos más vale esta carambola de retroceso que toda aquella serie de cuadritos de ambiente andaluz, que tanto nos han compungido con sus amores contrariados, la mala fortuna de las hembras y tan tristes sinos.

¡Cuánto mal *ange!*

Parece, por lo menos hasta ahora, que eso ya se acabó.

Ahora el figurín es otro: la sicalipsis franca resueltamente, sin goma higiénica, en el Cómico, y la opereta rancia en el Lírico y en el Circo.

En el primero de los citados teatros nos han colocado los Sres. Jackson y Capella una especie de pepinillos en vinagre que se titula *El guante amarillo*, y que no es otra cosa que una exhibición de señoritas más ó menos frescas, es decir, más ó menos desnudas, que salen á la buena de Jackson, mostrando al aire sus más sólidos argumentos, para que el público sepa á qué atenerse y se eche sus cuentas sobre la misión educadora del teatro.

No es que Gedeón se asuste de las buenas formas, que siempre ha sido y es muy dado á ellas, ni de lo verde; pero ¡caray!, que es muy distinto lo que seazona con agudo ingenio y picardía, lo que se deja entrever hábilmente encubierto con gracia y ágil donaire, de la bazofia de cartelillo; y lo que es el dichoso *Guante*, que el público se dejó calzar pacientemente, es de lo más desprovisto de *salsa* que hemos tenido el honor de ver.

En fin, cómo será la cosa, que á su *vera Al agua patos* viene á ser algo así como el Ramayana.

Para mayor desdicha, *El guante amarillo* no tiene siquiera el atractivo de la versificación, que es una de las notas más recreativas y amenas de las obras de Jackson.

En fin, que después de *El guante amarillo*, ya se puede estrenar impunemente *¡Pasa, moreno!* título que brindamos á los autores que gusten seguir la corriente.

En el Lírico y en Price se han estrenado respectivamente *Orden del rey* y *El señor embajador*, dos operetas del cercado ajeno, cándidas é infelices como la tórtola.

La primera, ni con mandato tan imperativo pudo imponerse, y la segunda disfruta ya del tranquilo reposo.

El señor embajador no entretuvo ni al inocente público de las tardes (porque se estrenó por la tarde, por ver si pasaba así de matute), más dispuesto al aplauso que cualquier mayoría parlamentaria.

¡Y ni por esas!

Aquello, más que una opereta cómica, fué una velada necrológica.

Pero, señor, ya que toman las operetas como las escobas, ¿por qué no escogerlas mejor?

... y armas al hombro

Ya uno por uno, ya convenientemente agrupados, los obispos siguen protestando de la nunca bastante citada Real orden del famoso conde de Romanones.

Y hasta parece que invitan á los ciudadanos á desobedecer ésta y cualquier otra ley que atente á lo que llaman sus derechos.

¡Así me gusta!

Ya que los ministros se revisten de mansedumbre evangélica, bueno es que los obispos ostenten la energía ministerial.



Y en estos momentos se atreve D. Bernabé á presumir de valor para afrontar el problema!

¡Ahora nos dice que va á presentar una nueva ley de Asociaciones!

¡Inocente Dávila!

Ya vemos caer sobre sus amplias mejillas gubernamentales todas las bofetadas del episcopado español.

Eso sí.

En seguida recibirá las oportunas cartas de rectificación y excusa.

Y todos tan contentos.

¡No va á ser menos D. Bernabé que su compañero D. Alvaro!



Claro está que no creemos en la rápida confección del proyecto, ni en su inmediata presentación á las Cortes, ni mucho menos en su aprobación

Y eso que el ministro cree que pasará como una seda.

¡Qué ha de pasar, hombre! ¡Ni se presenta siquiera! ¡Ni se acaba su confección tan pronto como se nos dice!

Estos anuncios de trabajos, de energía y de actividad, son los nuevos cartuchos de perdigones que el Gobierno prepara para colocárnoslos en seguida.

Y en plena Puerta del Sol, que es lo clásico.



Sin querer, el perínclito Dávila nos ofrece en una declaración todo un símbolo del Gobierno á que pertenece.

Dice que el proyecto pasará como una seda...

Y eso es lo que fabrican todos los ministros...

¡Todos son gusanos de seda!

Sabido es lo que duermen estos simpáticos gusanos.

¡Callad, que no se despierten!



Salgamos de la comparación para hacer justicia á D. Bernabé.

D. Bernabé, hasta cuando duerme está despierto.

¡Lo que él ha trabajado en esta temporada buscando antecedentes para el proyecto de ley de Asociaciones!

Pero más ha trabajado en zurcidos, hilvanes y cosidos para formar un todo, que presentará á sus compañeros.

Porque eso es lo que será el futuro proyecto de ley de Asociaciones.

Una especie de mela... de *mélanges*, que dicen los franceses.

Y por eso presume el abultado consejero? ¿Y por eso va á ponerse tonto?

¡Admiremos la buena fe de algunos pequeños grandes hombres!

Hay padres inocentes que se ufanan de su paternidad escasa, tal vez porque no pueden tener otra.

D. Bernabé puede decir como en el romance clásico, señalando á la ley de Asociaciones:

«Yo el menor padre de todos los que hicieron este niño...»



Bien que lo propio pueden decir los demás ministros, refiriéndose á la obra radical del Gabinete.

Y el general que los preside puede decir lo propio con referencia al programa democrático.

La verdad es que estamos divertidos con estos padres liberales que nos gobiernan en zapatillas.

Todos son padres menores.

¡Y ya es mucha minoridad!



Si será flojo el descontento, que hasta los de la casa se quejan de su actual usufructuario!

Sí. Los liberales mismos quieren que el general abandone ya la presidencia.

Uno de los argumentos es completamente termométrico.

Dicen que el invierno, con sus nieves cano, no puede sentarle bien á D. Pepe, porque anda delicado de salud.

Es posible.

Y véase cómo al fin los socios del partido vienen á coincidir con Gedeón en creer que López es sólo un presidente de verano.



De verano!

Así le dicen—clásicamente—para convencerle de la necesidad del *mutis*.

¿Se saldrán con la suya?

El general no parece muy dispuesto á hacerles caso, pero tal se pueden poner las cosas...

Esperemos, pues, la aparición del último y definitivo aspirante á la jefatura del partido, que aún no ha pasado por la piedra de toque.

Porque este partido, como ha dicho muy bien Costa, tiene por ahora ¡cuatro jefes y ningún soldado!

D. Joaquín no cuenta el cabo.

¡El cabo de esta vela liberal que ya se está consumiendo!

¿Pero vendrá el cuarto, si se va el tercero?

Hay quien cree que existe otro candidato.

¿Cuál?

El irascible y bien tr-ajea-do Vega de Armijo.

¡Pobre marqués!

¿Quién le dij-ra que á sus años iba á hacer el quinto?



Y á todo esto ¡sigan los duelos! A pesar de las campañas en su contra, todo el mundo se bate por motivos más ó menos justificados.

Hay que substituir las famosas palabras del Evangelio por éstas, puestas en práctica por el director de *El Evangelio*, de Zaragoza:

«¡Mataos los unos á los otros!»



INSTITUCION TRIUNFANTE

GEDEÓN.—EH, SEÑOR BARON DE ALBI... ¿QUE SE LE CAE A USTED LA LIGA CONTRA EL DUELO!